MI MÉXICO

EL PAÍS DE UN VIEJO INMIGRADO INGLÉS

- 7 -

1982 – 1992: Crisis, incertidumbre, y cambio

Como sugiere el título, la década que cubre este capítulo fue una de las más difíciles de mi vida en México, así como para México mismo. En cambio, los últimos años del siglo 20 fueron muy buenos para mí, aunque desgraciadamente no para México.

La década desde principios de los años 1970 hasta 1981 había sido notablemente buena para la gente como nosotros, o sea, la clase media hacia arriba, aunque no tan buena para otra gente, y probablemente más o menos igual que siempre para la mayoría de los mexicanos. Sin embargo, algunos observadores vieron el riesgo, o hasta la amenaza, de malos tiempos por venir. En 1982 esos tiempos comenzaron, salvajemente.

Algunas cosas no cambian, otras sí

Nosotros, la familia Davies Marín, estábamos fuera de México desde julio 1981 hasta julio 1982, en Inglaterra, pero Emma y yo seguimos la evolución de la situación en México con bastante atención. Como he dicho antes, la inflación en México llegó a casi el 30% en 1980, algo preocupante, pero seguía la fiesta para muchos. Hacia finales de 1981, la inflación empezó a subir continuamente, hasta casi el 100% durante 1982, y casi 160% en 1987 – sí, cinco años después, o sea, la crisis económica que comenzó en 1982 (o finales de 1981) no fue pasajera, de un año o dos, sino de largo plazo.

1982 fue el último año del sexenio presidencial de José López Portillo. Además de ser, según la propaganda, destacado abogado, administrador y político, era también atleta (se filmó practicando boxeo y haciendo lagartijas con un solo brazo), escritor, y

más – una suerte de héroe, emperador y casi dios de Roma (por casualidad – el nombre de la colonia en la Ciudad de México donde nació y creció).

Al asumir la presidencia en 1976, nombró a su amigo desde la infancia (en la Colonia Roma), Arturo Durazo Moreno, "El Negro", jefe de policía del Distrito Federal, y sirvió en ese puesto hasta terminar el sexenio de López Portillo en 1982. En 1984, se emitió una orden de aprensión de Durazo por extorsión, contrabando, abuso de autoridad y corrupción (incluyendo recibir sobornos de narcotraficantes), y también estaba vinculado con varios asesinatos. Al enterarse de la orden, El Negro salió volado de México y pasó de país en país, pero fue detenido en Puerto Rico y extraditado a México. Fue condenado a 16 años de cárcel. Purgó solo ocho por su mal estado de salud (murió después de cáncer del colon). Se confiscaron sus muchas propiedades costosísimas, la de más lujo y extravagancia siendo "El Partenón" en Zihuatanejo. ¿Por qué tanto sobre El Negro Durazo? Pues, "Dime con quién andas y te diré quién eres". ¿O *qué* eres?

Cuando todo se vino abajo en 1982, López Portillo, en postura patriota y machista, prometió "defender el peso como un perro". Al iniciar el perro año de 1982, el peso estaba a 26 por dólar. En agosto llegó a 50. En septiembre a 150. Ese mismo mes, el Presidente anunció la nacionalización de toda la banca en México, y que los ahorros en dólares (que ya valían 150 pesos) se pagarían a 75 pesos. Pronto, la inflación llegó a casi el 100%. Emma, nuestras dos hijas y yo regresamos a México a principios de julio. No teníamos ahorros en dólares en México, pero sí algo en Inglaterra en libras esterlinas, que ya valían 7 u 8 veces más que antes. Suertudos, como con la compra de nuestra casa en Puebla en 1976, la crisis económica anterior. ¿El pueblo mexicano merecía más suerte, o tenía el gobierno que se merecía, como reza el dicho? Considerando los gobiernos que han tenido desde entonces, y a través de sus historias, Estados Unidos, Argentina, Brasil, España, Gran Bretaña, y otros países, una combinación de las dos cosas, diría yo.

El 1º de diciembre de 1982, Miguel De la Madrid (del PRI, por supuesto) asumió la presidencia, y Don José, su mandato cumplido, se retiró de la política como era propio, y se dedicó a escribir su autobiografía y otros libros de ficción, y a ofrecer al mundo su propia marca de tequila, "Don Q" (él mismo vestido de charro en la etiqueta). Vivía en una finca con cuatro mansiones (para él y sus hijos) en una colonia en las afueras de la Ciudad de México que, por alguna razón, llegó a conocerse popularmente como "La Colina del Perro". Su opulencia ostentosa encima de la situación en que había dejado a México provocó acusaciones de peculado contra la nación y caricaturas burlonas entre otras cosas, y se ausentaba Don José en el extranjero periódicamente en busca de un

poquito de tranquilidad. En 1991 se divorció de su esposa de 40 años, y se casó por lo civil con una actriz de nombre algo exótico (yugoslavo), Sasha Montenegro, con quien había vivido varios años y con quien ya tenía dos hijos, y al morir su exesposa, se casaron religiosamente (bueno, en una iglesia). Hay más, por supuesto, pero para muestra basta un botón, en este caso de oro muy manchado.

El nuevo presidente, Miguel De la Madrid, prometió una “renovación moral", y sí enjuiciaron y encarcelaron a algunos funcionarios del sexenio anterior (entre ellos Durazo Moreno), con eso dando a entender que toda corrupción se había eliminado (aunque, como se ha mencionado, ya con narcotraficantes en el juego).

Ya que nosotros pasamos la primera parte de lo que acabo de relatar fuera de México en mi tierra natal, Inglaterra, yo tuve una perspectiva algo diferente de las distintas perspectivas de las personas que pasaron por todo eso en México mismo, comentándolo día tras día mexicanamente. Los hechos son los mismos, pero los vi yo a través de lo que estaba pasando en la Gran Bretaña.

Habíamos llegado en julio de 1981 a un Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte que estaba sufriendo problemas serios: disturbios, bombas y muertes en Irlanda del Norte (y algunas bombas y muertes en Inglaterra por el mismo asunto), clausuras de minas de carbón (una de las industrias más grandes del RU) y protestas y huelgas a consecuencia, desempleo (no solo por la clausura de minas) de 2.7 millones de trabajadores (el 11% de la mano de obra total), manifestaciones y motines violentos por cuestiones raciales, y más. Por el lado más positivo, la inflación, que había rebasado el 20% en 1980 (muy preocupante para un país del Primer Mundo), había bajado a menos del 12%.

A finales de julio, el día 29, la boda “de cuento de hadas” de Charles and Diana aligeró un poco y brevemente la situación para algunas personas (para mí nada), pero seguían los problemas reales (o sea, verdaderos) – al margen de la vida “normal” para la mayoría de los británicos – con Thatcher ubicándose como la más impopular entre todos los Primeros Ministros de los últimos 36 años, y el número de muertes por huelga de hambre en Irlanda del Norte llegando a 10. Para inicios de 1982, el número de desempleados había rebasado los 300,000 (11.5%) y seguía subiendo para llegar en el curso de 1982 al 14%. Pero luego, con la boda real ya un vago recuerdo plasmado en tazas y platos cursis en muchos hogares, llegó la salvación de Mrs. Thatcher.

El 2 de abril 1982, después de un mes de fricción, la Junta Militar Argentina (tres dictadores bien uniformados) ordenó la invasión de las Islas Malvinas. La Primera Ministra Margaret Thatcher decidió de inmediato defender las islas (the Falkland Islands)

como una… pues… una guerrera. Para mediados de junio el Reino Unido había ganado, Mrs. Thatcher y su Partido Conservador estaban volviéndose cada vez más populares (a pesar del desempleo, etc., etc.), los generales y el almirante argentinos cada vez más impopulares, y habían muerto más de 1,000 militares argentinos, incluyendo suicidios, y más de 500 británicos, también incluyendo suicidios. (¿Por qué tantos suicidios entre militares? ¿El aislamiento marítimo? ¿El clima casi polar? ¿Más estrés que el normal por la obvia estupidez de la guerra?) Juntos, esos militares muertos corresponden a un poquito más de la mitad de la población civil actual de las Islas Malvinas.

Mientras un patriotismo belicoso estaba en auge en el Reino Unido – con multitudes dándoles el adiós eufórico y la bienvenida más eufórica a "nuestros valientes muchachos" en los barcos de guerra y portaviones, y algunos patrioteros circulando con carteles en sus carros que insultaban, con groserías y leperadas, a Argentina y a los argentinos – muchos británicos, pero muy lejos de la mayoría, estaban cabizbajos y apenados por la guerra, el gobierno, y quizás "el pueblo británico". Nótese que la mayoría de los mexicanos que se fijaron en esa pequeña guerra lejana apoyaron, naturalmente, a Argentina y los argentinos, y por ende, a los generales y el almirante que, se supo después, mandaban a secuestrar, a torturar y a echar al mar desde aviones a los ciudadanos demasiado activos en su oposición a la Junta. A mí no me caía nada bien Margaret Thatcher, pero por razones algo más livianas.

En julio de 1982 salimos del Reino Unido (una nación de cuyos méritos y manchas estaba yo bastante consciente) para México (otra nación con sus méritos y manchas, como todas). Nos sentíamos algo tristes al dejar Inglaterra, y muy emocionados al llegar de regreso a México, a pesar de la crisis económica ya notoria. La verdad, habíamos pasado muy bien nuestro año en Inglaterra a pesar de tantos "sucesos" y "situaciones" dramáticos y teatrales a nuestro alrededor, que eran, la verdad, más bien "noticias" al margen de nuestras vidas.

Es la segunda vez que uso ese tipo de frase, "al margen de la vida (personal, normal, cotidiana)", y por algo ha de ser. ¿Sería por la conciencia o el reconocimiento de que el carácter y la historia de un país, o partes de su carácter e historia, son siempre diferentes, por lo menos en parte, del carácter y la historia de la mayoría de sus habitantes o grupos de habitantes, por patriotas que sean, y vice versa? ¿Qué ahí tropiezan el patriotismo y el nacionalismo ciegos o brutos? ¿Qué los conceptos de "nación" y "pueblo" son siempre hasta cierto punto ficciones, aunque pueden ser ficciones muy poderosas? Bueno, todos los historiadores medio competentes saben eso, supongo.

Pero ya basta de filosofía chambona (aunque tiene algo que ver con "mi México", y con "mi Reino Unido"). Pasaré ahora – como se prometió en el título de este capítulo –

a un período más largo de tiempo en México, desde 1982 hasta 1992, una década que corresponde a un capítulo completo en mi vida, y a una época en la cual México cambió notablemente, con cambios aún más radicales en el horizonte.

En el trabajo, en el Anglo, fue un período de reto y lucha constante, ya no el cómodo avance continuo de hasta entonces. Había una que otra pequeña victoria, pero mucho más asedio y espera, albergando solo un poco de esperanza de un regreso a la época de oro. En la vida cotidiana, se sentía más estrés, personal, comunitario y nacional, y preocupación por la seguridad (en todos los sentidos). Pero, como casi siempre, la vida seguía, un poco mejor o peor, aunque en esa época definitivamente peor para la mayoría de la gente en México.

A partir de 1982, empezó a bajar el número de estudiantes en todas las sucursales del Anglo, incluyendo la de Puebla. Al principio, la razón era obvia y única – la crisis económica, la gente apretando cinturones (resultó que el inglés siempre no era tan necesario como se decía). En 1983 y 1984 seguía igual y, aunque parecía que la gente y los negocios se iban acostumbrando y adaptando algo, la baja en las inscripciones en el Anglo continuaba, y ahora no solo por la crisis.

Dicen que los malos tiempos ofrecen oportunidades, y cada vez más empresarios se estaban dando cuenta. En el campo de la enseñanza del inglés estaba empezando a surgir una competencia que antes no había. Hasta entonces solo había grandes "institutos culturales sin fines de lucro" (el Anglo, británico, el INMRC y los Franklin, estadounidenses, con clases de inglés como su actividad principal, pero no única), y algunas "escuelitas" de inglés. De repente se empezaron a poner, en la Ciudad de México y en provincia, sucursales de institutos de inglés comerciales, que invertían mucho en un sistema "eficiente" y publicidad, poco en el desarrollo continuo de sus maestros más allá de lo necesario (el Anglo enviaba a maestros de alto rango a cursos de capacitación en Inglaterra, por ejemplo), y nada en cultura. Además, las universidades ya tenían centros de lenguas (el inglés, por mucho, la principal) abiertos al público y a bajo costo. Como muchas organizaciones en México, sin y con fines de lucro, el Anglo empezó a darse cuenta de que se había vuelto demasiado ponchado y confiado, y que estaba en una contienda dura, quizás a muerte, con cada vez más contrincantes jóvenes, magros, fuertes y agresivos ("lean and mean").

En 1984, el Director General del Anglo y yo convencimos al Consejo Directivo de que sería astuto en el caso de la sucursal Puebla ahorrar la renta bastante alta que se estaba pagando por la mansión que ocupaba la sucursal y comprar un edifico propio (como la casa Matriz y dos sucursales del Anglo) en ese momento de mercado de compradores,

o “propiedades casi regaladas”. Parece que fue una buena decisión, pero solo en conjunto con otras decisiones posteriores: La sucursal Puebla del Anglo sigue de pie ahora, 37 años más tarde, mientras que las sucursales de Guadalajara y de Monterrey tuvieron que cerrarse hace mucho.

Inspeccioné varios locales, algunos modernos, otros más tradicionales, y optamos por una mansión que había construido un exgobernador del Estado de Puebla, por su ubicación, por su espacio, por su precio (quizás lo determinante) y por su presencia – mucha “clase” para clases de inglés y para actividades culturales. Inmediatamente después de la mudanza las inscripciones subieron sustancialmente, y se mantuvieron ahí, más o menos, aunque nunca regresaron al nivel de “los buenos tiempos” de antes. Recortamos algunos gastos, pero seguimos con un programa cultural – exposiciones, conciertos, obras de teatro, pláticas, y biblioteca con préstamo de libros. Parecía que habíamos reducido, si no solucionado, el problema – podíamos realizar nuestra misión cultural y financiarla con los ingresos de las clases de inglés a pesar de la crisis económica y la nueva competencia de las cadenas comerciales de institutos de inglés. Me imagino que casi todas las organizaciones y empresas andaban en lo mismo, buscando, dentro de su giro, sobrevivir y en lo posible prosperar en el México de aquel entonces. Pero la historia no terminó ahí para el Anglo en Puebla, ni para mí en el Anglo.

Una muestra del interior de la fastuosa mansión, ya el Instituto Anglo-Mexicano de Cultura, con red (almost), white and blue.

En 1987, el Director General del Anglo tomó un medio año sabático, de enero a junio, y yo quedé como D.G. interino en su ausencia, conduciendo mi carro de Puebla a la Ciudad de México la noche del domingo o la madrugada del lunes y de regreso a Puebla el viernes en la noche y el sábado en la madrugada, viviendo entre semana en la casa del D.G., con su hijo, ya de unos 20 años.

La experiencia de volver a trabajar y convivir con gente en la capital de México fue… interesante… estimulante… pero mucho seguía igual de agobiante y a veces deprimente,

sobre todo la manejada de entrada y salida. Lo hice unas 50 veces en esos 6 meses. Aparte de las "favelas" al margen de la avenida, parecía que la situación económica (y quizás el ejemplo del Negro Durazo) había aumentado las "malas prácticas" de los agentes de tránsito. Estaban como asaltantes uniformados esperando en casi todos los semáforos, listos para saltar al ataque con cada cambio de luces, sea con una auténtica infracción (pasar luz roja, etc. – pocos casos), una interpretación o percepción "oficial" (No, señor, fue luz roja no amarilla/verde – muchos casos), o una invención cualquiera tratándose de placas de fuera del D.F., como las mías de Puebla (muchísimos casos).

En una ocasión un agente parado en el borde de la banqueta tomó un paso adelante hacia mí con la mano levantada mientras estaba yo parado en un semáforo – habría sido el enésimo intento de sacarme una mordida ese día, con todo y las mañas que uno había aprendido, como tratar de siempre quedar en un carril de en medio, nunca a la extrema derecha o izquierda – y el semáforo cambió a verde. Arranqué un poquitito más rápido que de costumbre pero como si no lo hubiera visto, aunque él estaba por cerrarme el paso y tuvo que detenerse de golpe, casi echarse atrás, quedando ahí (y en mi espejo retrovisor) moviendo los brazos como maniático y, me imagino, mentándome la madre. Tomé otra ruta de entrada y salida durante un mes después de ese incidente.

En otra ocasión, no hice caso a un agente de tránsito que indicó que me parara y obviamente iba a inventar algo, y a unos veinte metros más acelerando hacia Puebla pensaba que ya me había librado. Pero luego noté en el espejo que había unos agentes sentados en motos cerca de los agentes de pie y uno tranquilamente estaba arrancando. Pronto estaba por alcanzarme, y me empecé a orillar y parar. Muy amablemente recibió la mordida después de explicarme (como solían hacer) que la multa (ya no por una infracción inventada sino por el delito real de no hacerle caso a un oficial de tránsito) sería algo más, y con la molestia además de ir hasta la Delegación, lejos de mi casa, a partir del día siguiente para pagar y recoger mi placa.

La corrupción (ya tratado) y el crimen (por tratarse a continuación, y en algunos campos vinculada a la corrupción) no desaparecen en los mejores tiempos, y los malos tiempos los propician, en cualquier país. Los carteles de droga y de crimen más generalizado andaba por ahí desde tiempo atrás, tanto en México como al norte (con la "all American tradition" de bandas de asaltantes de diligencias, trenes y bancos rurales, gánsteres urbanos y familias mafiosas con metralletas, y crimen organizado con "cutting edge business administration") y al sur (destacando Colombia). Sin embargo, a la gente como nosotros (te dejo a ti la definición de esa frase) apenas nos afectaba directamente en lo más mínimo, o solo como información y entretenimiento a través de la televisión y

el cine. Eran los delitos menores que nos afectaban un poco directamente, y bastante indirectamente por crear paranoia en algunas personas. No faltaba gente con un buen repertorio de anécdotas de parientes, amigos, conocidos y hasta conocidos de conocidos asaltados en la calle, o en carretera, o víctimas de rateros en su casa. También tenían consejos, como nunca manejar en la ciudad con tu brazo izquierdo descansado sobre la ventanilla abierta y tu reloj a la vista.

Esa paranoia, que yo no había notado en México hasta entonces, no era del todo nuevo para mí ya que en mis visitas a Inglaterra cada vez más escuchaba comentarios sobre "how the country is going to the dogs" – menos "common decency", más "muggings", generalmente a gente mayor, en las calles de Londres y otras ciudades grandes, y no tan grandes, más robos en casas, venta de drogas afuera de escuelas. Un año destacó en mi "pueblo" (Henley-on-Thames, alrededor de 10,000 habitantes, incluyendo varias celebridades), que es sede cada verano de la regata de remo más antigua – y presuntuosa – del mundo, Henley Royal Regatta. Durante la regata, sobre todo la noche final, con festejos y fuegos artificiales, casi todos los lugareños con buenas y bastante costosas casas bajan al Río Támesis. Aquella noche, cuando regresaron a casa, cansados y alegres, muchos encontraron que habían recibido una visita, probablemente de unos londinenses vulgares, no invitados, y bien organizados, y que faltaron joyas y otro artículos portables y valiosos. Quizás algunos estaban tan cansados y alegres después de una tarde y noche de remo y festejo que se dieron cuenta del robo en su residencia hasta el otro día al enterarse del Gran Atraco de Henley por el chisme caliente y ponerse a revisar.

En Puebla, en los años 1980, recibimos visitas de rateros a nuestra casa en dos ocasiones, en nuestra ausencia afortunadamente (o más bien por práctica profesional ratera) y con pérdidas sin gran importe. Desde entonces hemos recibido una sola visita, ya en el siglo 21. Mucho más desconcertantes fueron un encuentro directo y otro cercano con ladrones armados.

El primero me tocó a mí, con mi esposa, mi cuñada y mis hijas arriba en la casa viendo tele y sin darse cuenta hasta decirles yo después. Llegué a la casa todavía con algo de luz de día, bajé del carro y abrí los portones, metí el carro y, al bajarme para cerrar los portones vi que un joven, cuya presencia no había notado antes, estaba ya cerrando uno. "Gracias," le dije, "pero no…." Rápido, cerró un portón y luego el otro, a la vez sacando una pistola. Y ahí estábamos, solos en el garaje, separados de la calle por los portones y de la casa por la puerta de entrada, con mis dos perros extrañamente callados justamente cuando sus ladridos no me habrían molestado. Más que miedo (pero sintiendo algo) sentí mi mente acelerándose – ¡que no pasara a la casa, que no se llevara

mis tarjetas y credenciales, que no me disparara, que no…! “¡Vamos, entramos a la casa!” me dijo. “¡Vamos ya!” “No,” le dije, “no, no – están mi esposa y mis hijas. Tengo dos perros, grandes.” Mentira, solo una perra mediana, otra chica, y ni siquiera estaban olfateando y resoplando debajo de la puerta con curiosidad, sino, aparentemente, bien dormidas arriba. “Nos quedamos acá – acabo de ir al banco,” y empecé a sacar mi cartera del bolsillo de mi pantalón. Luego vi bien su pistola.

Parecía una antigüedad, o por lo menos vieja. Y en mal estado. Claro, podría herir o hasta matar, pero no era la pistola de un asaltante de oficio. Tampoco parecía él asaltante de oficio, sino improvisado, y, probablemente, desesperado. Además era más flaco que yo y bastante chaparro. Un plan de acción saltó a mi mente.

Saqué todo el efectivo de la cartera, un buen fajo, y se lo ofrecí (en efecto, sí había retirado dinero del banco ese día), con la otra mano, la diestra, regresando discretamente a mi bolsillo la cartera, pensando en el relajo de renovar tarjetas y credenciales. “Ya vete con esto –” le dije “– es lo que te conviene. Si disparas va a llamar la atención en todo el vecindario y voy a gritar a todo pulmón también. Vete ya,” y le indiqué la puerta en el portón. Por un momento pareció estar paralizado por la indecisión, pero luego abrió la puerta y se fue corriendo por la calle. Cerré la puerta detrás de él, me apoyé en ella, y empecé a temblar un poco. “Phew… phew… phew… phew… phe-ew…!” dije, o soplé, en mi mejor inglés, y me quedé ahí un rato, dejando que mi corazón y mis pulmones regresaran a sus ritmos normales. Luego abrí la puerta y examiné la calle – ni rastro de él, vacía en ambas direcciones.

Entré en la casa, subí la escalera, dije “¡Inútiles!” a las dos perras que ahora sí me fueron a saludar, y me paré en la puerta de la sala de televisión. Al darse cuenta (no todas de inmediato), las dos mujeres y dos niñas levantaron la vista, me saludaron, y regresaron sus ojos al televisor. “Apaga eso,” les dije, “y déjenme contarles algo más emocionante de lo que están viendo.” En efecto, quedaron boquiabiertas.

El otro encuentro con ladrones armados – cercano, no directo – ocurrió en pleno campo, no en la ciudad. Habíamos ido a pasar un fin de semana con una amiga y sus dos hijas en un pequeño hotel rústico, llamado Al Final de la Senda, en los montes entre Tlaxco y Chignahuapan al norte de las ciudades de Puebla y Tlaxcala. Era una zona bonita de colinas y bosques, y el hotel tenía caballos y otras actividades. Estaba por anochecer después de un día de cabalgatas, caminatas y juegos, y estábamos por entrar a cenar cuando salieron del bosque al claro alrededor del hotelito dos señoras y sus hijos (¿tres… cuatro?), cansados y asustados. Ya en el hotel contaron como habían ido de día de campo en el carro de una, y cuando estaban comiendo llegaron dos hombres que a punto de pistola les quitaron sus valores y se fueron en su carro. Por el teléfono del hotel (todavía

no había celulares) reportaron el asalto. No me acuerdo si llegó la policía al hotel esa noche, ni de qué pasó después. De regreso a casa al día siguiente, reflexionamos que pudo haber sido aún peor, nos acordamos de algunos cuentos de asaltos a gente en el campo que habíamos escuchando recientemente, y decidimos ya no ir de día de campo nosotros. Lástima – teníamos tres o cuatro lugares bien bonitos, al lado de arroyos (aunque con el agua ya no tan cristalina como cuando los descubrimos).

Con todo, seguía sacando a pasear a mis dos perras, la mediana y la chica, todas las noches, generalmente entre las 10 y la medianoche, alrededor de un kilómetro por las calles de nuestro rumbo residencial burgués. Gozamos los tres, ellas más con la nariz, yo más con la mente, todos con los ojos, ellas más hacia abajo, yo más hacia arriba, hasta las estrellas y la luna, a veces nubes. Otros perros y sus amos paseaban, generalmente antes del anochecer por las calles de fraccionamientos deslindados de la ciudad por altos muros o alambrados, con casetas de vigilancia en las pocas entradas. Por cuestiones de exclusividad y seguridad se estaban poniendo cada vez más "de moda", pero no nos gustaba nada la idea a nosotros – vivir bien en una ciudad es vivir con la gente de la ciudad – pero con tu casa en un buen rumbo, por supuesto (¿ves la expresión en mi rostro al escribir eso?).

En 1988 terminó la presidencia de Miguel de la Madrid, sin gloria y con bastante pena. Eran seis años de austeridad, conformidad y aguante para la mayoría de los mexicanos, pero mitigados de alguna manera por las buenas cosas mexicanas de siempre – la amabilidad de la gente en general, la comida, la música (con Luis Miguel, Lucero, Timbiriche, entre muchos otros, en el campo de la música popular, presente en nuestra casa por cortesía de nuestras hijas), las fiestas tradicionales, la variedad de paisaje y clima, la historia plasmada en sus viejas ciudades y pueblos, la modernización que venía a pesar de todo, haciendo la vida más cómoda, y más. Y venía en 1988 una especie de parteaguas en México, un antes y después del nuevo presidente, Carlos Salinas de Gortari. Tenía nuevas ideas y maneras de obrar y, aparte de cambios polémicos, su presidencia vio sucesos bochornosos y trascendentales. Estos empezaron en el mismo proceso electoral de julio, 1988.

En 1986 había surgido un ala inconforme y reformista dentro de PRI, que había gobernado a México ya por 54 años, y en las elecciones de 1988 políticos de esa facción lideraron una fuerte coalición opositora, el FDN, Frente Democrático Nacional, con Cuauhtémoc Cárdenas, hijo de Lázaro Cárdenas (Presidente de 1934-40), de candidato. Además, había un tercer candidato bastante fuerte, Manuel Clouthier del PAN. La noche de la las elecciones, con el cómputo de votos en proceso, "cayó el sistema" con los reportes extraoficiales hasta entonces dando una ligera ventaja a Cárdenas por encima

de Salinas, con Clouthier en tercer lugar. Al día siguiente "se restableció el sistema", y al final del conteo Salinas, del PRI, había recibido el 50.36% del voto, Cárdenas, del FDN, solo el 31.12%, y Clouthier, del PAN, el 17.07%. Naturalmente, había acusaciones de fraude – es decir, más que en cualquier ocasión anterior. El Presidente en el momento de las elecciones, De la Madrid, negó las acusaciones rotundamente, pero en 2009, ya con el PRI fuera del poder, dio a entender que sí se había orquestado un fraude, y más años después el secretario de gobernación durante las elecciones y responsable por ellas, Manuel Bartlett, dio a entender lo mismo.

A partir del 1º de diciembre de 1988, el nuevo presidente cuestionablemente elegido entró incuestionablemente en acción: logró crear el programa "Solidaridad" (después SEDESOL), promover el neoliberalismo (con raíces en el juarismo) y a la vez mejorar las relaciones entre el Estado y la Iglesia (Católica), vender Telmex, los bancos (nacionalizados en 1982) y otras empresas nacionalizadas, permitir la venta de ejidos como parte de una reforma agraria, y en 1992, negociar la reducción sustancial de la enorme deuda nacional (que se había disparado a partir de 1982), y firmar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte. Los últimos dos años de su mandato, 1993 y 1994, cambiaron la historia más aún.

Mientras tanto, en el Anglo, los cambios también estaban a la el orden del día durante los últimos años de los '80 y los primeros de los '90. El Director General regresó después de mi breve interinato en 1987, pero en menos de un año renunció y entró uno nuevo. Este me pidió ocupar un puesto de nueva creación y de tiempo parcial, Director de Operaciones, además de continuar como director de la Sucursal Puebla, con la tarea específica de diseñar y poner en operación "la sucursal del futuro" del Anglo. Acepté, y pronto propuse para la Ciudad de México un solo centro ofreciendo un programa continuo de actividades culturales, la Casa Matriz, con las otras sucursales y las nuevas dedicadas exclusivamente a la enseñanza del inglés, las nuevas que se pensaba crear en zonas comerciales, no residenciales como hasta entonces, y conocidas como "Anglocentros". En 1989 se abrieron dos Anglocentros nuevos en la Ciudad de México, y la Sucursal Puebla se trasladó en 1990 a un amplio local de 2 pisos en una flamante conjunto comercial, Plaza Crystal, ya casi en plan de Anglocentro, con algunas actividades culturales pero eventuales, menos y más modestas que antes. Junto con otras cosas, el cambio a Anglocentros ayudó

Algo parecido a uno de los 2 pisos que ocupó el Anglo en Plaza Crystal antes de acondicionarse

a mejorar la situación del Anglo durante bastantes años, pero yo y casi todos el mundo sabíamos que la época de oro del Anglo quedaba en el pasado.

En 1989 cumplí 50 años, mi primer medio siglo en este planeta. Había vivido un total de 22 años en Inglaterra, 4 en Dublín, 2 en Madrid, y 22 en México, y había pasado 22 años en el Anglo, 20 trabajando y 2 años sabáticos para estudiar posgrados en Inglaterra. Era hora y coyuntura para reflexionar.

¿Quería terminar mis días de trabajo en el Anglo, con la seguridad y prestaciones que me daba, pero probablemente con más de lo mismo – es decir, más de la última década algo pesada, enfocado en la supervivencia del Anglo más que en alcanzar metas nuevas? Francamente no. Al dejar el Anglo perdería las generosas prestaciones para los directores, incluyendo vuelos pagados a Inglaterra para mi esposa y yo cada dos años (que habíamos aprovechado para hacer visitas a varios países en Europa además de la Gran Bretaña), y no tenía otro trabajo atractivo a la vista.

Decidí salir del Anglo de todas formas y vivir del bono de retiro voluntario para directores y mis ahorros mientras buscara algo que me gustara para el último tramo de mi vida laboral – ¿15 años… 20… más? Mis opciones incluían regresar a la autoría de libros de texto, ya de tiempo completo (tenía contactos en casas editoriales aunque no había escrito nada desde hacía más de una década), y dar clases en la Licenciaturas en la Enseñanza del Inglés que ya tenía la Universidad Autónoma de Puebla (donde trabajé durante mis primeros 2 años en México) o en otra universidad.

El 22 de junio de 1992 se anunció que a partir del 1 de enero de 1993 entraría en vigor una nueva unidad monetaria, el "nuevo peso", con valor de 1,000 pesos “antiguos”. ¿Una suerte de borrón y cuenta nueva, o algo para “entretener” a la gente al recibir sus ingresos y hacer sus pagos?

En septiembre entregué mi renuncia al Director General del Anglo, con efecto a fin de año. En octubre, sorpresivamente, el British Council me ofreció trabajo como asesor en la enseñanza del inglés y capacitador de maestros de inglés en los programas de colaboración con la Secretaría de Educación Pública y las universidades públicas que estaba por iniciar. 1993 prometía ser el inicio de una nueva vida de trabajo muy gratificante y más exploración de México – en el nuevo puesto estaría trabajando con universidades públicas y otras instituciones principalmente en los estados del centro de México, desde Veracruz hasta Guerrero, pero también en Mexicali, Baja California,

Zacatecas, y otros estados (3 o 4 “Gerentes Regionales de Enseñanza del Inglés” más estarían encargados de otra zonas de México).

Mi México estaba a punto de expandirse y transformarse (mucho más de lo que yo me imaginaba en ese momento, hace 30 años ya). Me sentía joven otra vez… bueno, revitalizado – dos años antes celebramos nuestra boda de plata, nuestras hijas ya tenían 23 y 18 años y yo había dejado de llevarlas en carro a la escuela como casi todas las mañanas desde los años ’70, y había sufrido mi primer ataque de ciática… entre otras cosas de “ya no tan joven”. Me doy cuenta ahora, si no en ese momento, de que me había convertido en un profesionista de mediana edad cualquiera de México. Sí, “de México” – no mexicano, pero casi, con condiciones y estilo de vida de un mexicano burgués, y muchas maneras de pensar mexicanas. Aunque no todas (quedaba, y todavía queda, mi núcleo inglés). Pero, pensándolo bien, no todos los mexicanos, ni las mexicanas – ¿qué sería México sin ellas? – piensan siempre o única o totalmente de manera mexicana, o sea, la neta, aquí falta un rollo anglo-mexicano de Cantínflas, y aquí va: *Como dijo ese gran poeta, que no dijo nada pues porque no le dieron tiempo, pero como dijo 'Chicaspear', la 'filosofía' de la vida es 'to be or no to be', que quiere decir "te vi o no".*

CONTINUARÁ